



MIGUEL LABORDE  
Raíces y ramas de  
América Latina

LHG

ensayo

Miguel Laborde

**RAÍCES Y RAMAS  
DE AMÉRICA LATINA**



La  
Huerta  
Grande

2025

© De los textos: Miguel Laborde

Madrid, septiembre 2025

EDITA: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6. 28001 Madrid

[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-79-5

D. L.: M-15002-2025

Diseño cubierta: Editorial La Huerta Grande según idea original de Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, C. Valgrande, 15. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

## ÍNDICE

### RAÍCES Y RAMAS DE AMÉRICA LATINA

Prólogo de Sergio Manuel Rodríguez Lorenzo	9
1 América Latina, emociones desnudas	15
2 Caral, en la distancia	21
3 Pachacutec, el ordenador del mundo	29
4 Barroco americano	53
5 La hacienda mestiza	59
6 Dejar atrás la barbarie	69
7 La vanguardia del centenario	77
8 Neruda en las alturas de Machu Picchu	85
9 Los hermanos de las orquídeas	93
10 Violeta parra, mestiza	101
11 La herida abierta	111
Bibliografía	121

*A Santiago Elordi, sin cuyo entusiasmo  
este libro no habría visto la luz*

## PRÓLOGO

Esta golosina fragante que, a modo de ensayo, nos regala Miguel Laborde podría muy bien llevar por título *Amor América (2025)*. Comparte con Neruda nacionalidad y sentimiento, aunque no todas las intenciones. De principio a fin se trata de una prueba de amor por lo americano que, como los amores profundos, lúcidos, sinceros, por simpatía se contagia a quien se acerque. Una y muchas, la América que reverbera en las palabras de Miguel no constituyó nunca un territorio idílico, ni tampoco un infierno perenne. Si se sintió periférica en los destinos del mundo, fue por ignorancia de sí misma, no por falta de procesos históricos que ilustren lo contrario. También América ha sido centro y lo es, aunque la historia geométrica, de escuadra y cartabón, tangentes y secantes, no nos produce más que indiferencia y hastío. La centralidad y la periferia son solo puntos de vista que varían con la experiencia.

La América antigua únicamente fue deficitaria en ganado mayor, pero esta circunstancia no estaba en la

voluntad humana y aguzó el ingenio. El resto de animales domesticable comió de la mano del Hombre. La civilización —es decir, la compleja vida urbana que ahorma el vigor de la naturaleza y la desconfianza social— aparece en tierras americanas cuando en Egipto se yergue Luxor y brilla en Sumeria las ciudades de Ur o Lagash. En Perú, a unos 180 km al norte de Lima, la ciudad sagrada de Caral-Supe, con sus calles, canales, pirámides y los más de 5000 años de antigüedad, ejemplifica tanto la grandeza de la imaginación humana como sus límites. Lo que hacen en el valle del Indo, a orillas del Tigris o en el delta del Nilo no difiere en exceso de lo que se diseña a pie de los Andes: las ciudades son mapas del cielo. Tampoco faltaron héroes civilizadores de carne y hueso, como el Sapa Inca Pachacútec —«*El transformador del mundo*»—, hijo de Huiracocha y de la Coya Mama Runto: «el más grande hombre que la raza aborigen de América haya producido», afirma Clements R. Markham, explorador y geógrafo inglés enamorado del Perú en la segunda mitad del siglo XIX. Otros eruditos consideraron a Pachacútec un Carlomagno americano, en un afán comparativo que enturbia lo claro. ¿Por qué empeñarnos en comparar lo incomparable? Tal vez porque desde algunas partes del orbe seguimos sin querer comprender a los demás, sentirlos en lo que tienen de auténticos.

Llegan los españoles y América, más que descubrirse, se inventa. No era una tierra nueva, ni sencilla, ni por hacer, ni incompleta. Había religiones complejas, lenguas sutiles, ideas trascendentes, conocimien-

tos certeros y sistemáticos, leyes que se acatan y no se cumplen; existían el amor de los padres y la sevicia del poder, la guerra florida y la paz de los sacrificios. Pero los Conquistadores no vienen solos. Sin tomar conciencia, traen su mejor arma —involuntaria, vertiginosamente mortal—: los virus y bacterias que también descubrieron y (des)poblaron América. El intercambio biológico fue el paraíso de la enfermedad y la muerte masiva. Finalmente, gracias al fierro y al déficit inmunitario, ganaron los europeos, en su mayoría castellanos, pero también naturales de Aragón, de Portugal, de Italia, flamencos, alemanes... Porque hubo vencedores y vencidos, cada cual con su visión de la gloria o el hundimiento. Los pactos no disolvieron el dominio, solo lo atemperaron. Y sin embargo no hay vuelta atrás: lo ibérico es para nosotros —americanos de hoy— tan consustancial a nuestra América como la puerta de Tiwanaku o los túmulos calusa.

No existe *tabula rasa* en las dinámicas sociales, ni pureza sin tacha. América ya era mestiza cuando europeos y africanos llegan a sus costas a fines del Cuatrocientos. Pero durante los tres siglos siguientes este mestizaje se abigarra y fragua en el Barroco. Miguel Laborde no encara como un refugio el mestizaje de tantos pueblos en el crisol americano. Este librito, tan lleno de buenos sentimientos —en el buen sentido de la palabra—, no es sin embargo una obra lacrimógena, ni busca muros defensivos que salven la identidad amerindia, ibérica, africana o las influencias de Francia o Inglaterra en el XIX. Más bien quiere ser un manifiesto por la No elección. Para sentirse dig-

na, América no tiene que renunciar a ninguna de sus sangres ni culturas: todas están en ella, hasta la árabe desde comienzos del xx.

Las páginas de Laborde van alcanzando su clímax con la llegada a Europa de los jesuitas expulsos de los Reinos de Indias. Para el público español, si logra apartar esa actitud umbilical tan suya, serán, por desconocidos, los capítulos más fructíferos. El abate Juan Ignacio Molina, exiliado en Italia y referencia para Darwin. Benjamín Vicuña Mackenna, viajero por Estados Unidos y Europa al hallazgo de todo lo útil para América; que tiene en poco a España por ser nación que —a diferencia de Inglaterra— no supo beneficiarse de las riquezas americanas, y que cifra la barbarie de la América decimonónica en sus poblaciones indígenas. El Tercer Descubrimiento de América —si no el Cuarto o el Quinto— del Grupo de los X, con Pedro Prado al frente y su «criollismo cósmico»: «Hay una patria territorial y una espiritual, la territorial los pueblos latinoamericanos la tienen lograda: fáltales la segunda», dice Prado en su novela *Alsino*. Es preciso enmendar esa falta y para ello se recurre a la indagación mediante la poesía y el viaje. Neruda, en su *Canto general*, recrea un *Génesis* americano, pero es odiador de Europa. Mientras Hitler invade Polonia y Europa se desangra, la Sagrada Hermandad de la Orquídea recorre América para hacerla suya en un viaje geopoético. Uno de sus hermanos, el brasileño Abdías do Nascimento, va descubriendo la excelsa negritud del Continente y abandera la defensa de los afroamericanos olvidados. Violeta Parra, mestiza de

todo mestizaje, resume finalmente el propósito de *No renuncia* que nos plantea Miguel Laborde: «el canto de todos, es mi propio canto».

¿Quién de nosotros, con el corazón en la mano, no encontrará razones para querer a América —sus tierras, sus gentes— cuando se despida de este libro?

Sergio Manuel Rodríguez Lorenzo



## AMÉRICA LATINA, EMOCIONES DESNUDAS

En este siglo ha crecido el movimiento que interpela a las antiguas potencias imperiales, en pos de su «descolonización». Museos y universidades han comenzado a revisar sus colecciones y a programar exposiciones con la intención de hacer visibles las voces «otras», en especial de África y América Latina.

En la India se inició un proceso diferente, de «estudios subalternos», necesarios porque «los otros», los antiguos colonizados, también necesitamos descolonizar nuestras cabezas. Después de todo, la mayoría crecimos con Atenas y Esparta antes que con Tenochtitlán y el Cusco, con Julio César y Aníbal y no con Pachacútec o Moctezuma.

Desorientados, no hemos sabido explicarnos nuestra historia. Como bien dijo Gabriel García Márquez al recibir el Premio Nobel, «el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida». Sanjay Subrahmanyam, uno de esos historiadores de la India

(Nueva Delhi, 1961), se hizo una pregunta que fue el título de uno de sus libros: ¿Deberíamos universalizar la historia? A propósito de las «derivadas nacionalistas e identitarias» del mundo occidental del presente, cabe citar otra de sus preguntas: «¿Debería uno movilizar el pasado sobre todo como recurso para la solidaridad dentro de una comunidad, subrayando lo mucho que “nosotros” tenemos en común, y lo poco que tenemos en común con nuestros “otros”?». Agrega algo que escribiera Jorge Luis Borges, en su relato «Funes, el memorioso»: «pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer».

Estamos en medio, entre la tarea de hacer una historia nuestra o, a diferencia de los historiadores eurocéntricos, intentar una generalista. Pero el reto intelectual no es fácil; vivimos mundos parcelados, y apenas podemos decir algo del que tenemos a la vista. Y, de todas maneras, siempre hemos sido parte de algo más amplio.

Aquí, a América, llegaron cazadores asiáticos, navegantes oceánicos, vikingos y conquistadores españoles; luego, esclavos africanos: por lo que somos «un crisol de razas», como diría Simón Bolívar, con todas ellas representadas. Lo percibamos o no, nuestra historia tiende lazos hacia toda la humanidad.

Pero, de nuevo, no hemos sabido procesar ese pasado. Pareciera que somos países jóvenes, sin historia, dando sus primeros pasos torpes. Ahora, por fortuna, han comenzado a hacerse unas revisiones útiles, orientadas a visitar nuestra historia y, ojalá, reconciliarnos con ella.